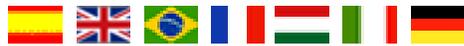


## Capítulo 22. Dos damas, ¿No es cierto? Y el golpe a la manzana de Eva.



Tan pronto como Tomás creyó que Ágata ya había abandonado la estación, se apresuró a irse para allá y, junto con su esperado Keller-Caprese, se sentó en el tren que salía para Berlín. Se sentía tan alegre como un niño, por haber huido de sus dos celadores. Para dar expresión a esa alegría, se sentó en las piernas de su compañero de viaje; eso le costó una advertencia de que se comportara correctamente de parte del estricto, real y prusiano empleado. Tomás quería defenderse con la afirmación de que solamente estaba jugando con su amigo a la mamá y el hijito, lo que era difícil de creer a la vista del gigantesco bigote de Keller-Caprese, de sus manos peludas y del puro entre sus dientes. En ese instante se asomó al compartimento una dama, que, con las manos extendidas para saludar, se dirigió hacia Keller-Caprese diciendo estas palabras:

-Pero cómo me alegro, mi querido maestro, de encontrarlo aquí.

Tomás pegó un salto de inmediato. Mientras el pintor le besaba las manos a la dama con bien fingida sorpresa y le susurraba: -Temía que ustedes ya no fueran a venir –Mundete ayudaba a una jovencita vestida de corto y con un rostro de ángel, infantil, de redondas mejillas, a subir el equipaje a la red.

-Me resulta emocionante volver a verla a usted y a su hijita después de tanto tiempo, señora de Lengsdorf. Espero que el mismo camino nos conduzca a Berlín.

-Así es, así es –la dama le sonrió al empleado, al tiempo que le alargaba el boleto para el control, casi tan encantadoramente como si se lo entregara al artista-. Deseo mostrarle a la pequeña algo de la capital y presentarla en sociedad. La princesa Pless ha pedido, desde hace tiempo, que se le traiga a la niña, y el príncipe Víctor nos consiguió invitaciones para el baile. Allí será presentada a su Majestad. ¿No es así, Elena?

Tomás, que intentaba acomodar un cargamento de paraguas en la red, miró fijamente, con la cabeza semiladeada y a través de sus brazos extendidos a la jovencita. Soplaba lentamente con los labios fruncidos y, además, se veía tan gracioso en su afectada cortesía que la señorita se sonrojó primero, para después mirarlo directamente y sonreírle confiada.

La señora de Lengsdorf, que obligaba a todas las personas a admirar sus atractivas orejas a cada movimiento de sus aretes de esmeralda, lanzó a Keller-Caprese una mirada interrogante y, después, alargó su mano al solícito Mundete, para que se llevara a cabo una feliz presentación; parecía que volvía a ver a un amigo íntimo tras una larga separación.

-Su amigo Lachmann me ha hablado de usted, ¿no es así, Elena? Y usted vive en Bäuchlingen. Un pueblecito tan maravillosamente situado, ¿no? ¿Sin duda te acuerdas, criatura? Bäuchlingen, ese lugar con una hermosa vista panorámica desde el cerro ¿Cómo se llama?, bueno, tú ya sabes, querida ¿no es cierto? Castillo de...

-Ah, usted se refiere al Castillo de las Mentiras, ¿no? –la sacó Tomás del apuro y acompañó este invento de su fantasía con una risa de satisfacción, que le resonó en el estómago.

-Correcto, correcto –ahora se mezclaba Elena en la conversación-. Ahora me acuerdo con toda claridad. Estuvimos con el conde Andor allá arriba. Todavía puedo verlo trepando al pretil del muro para cortar una campanita –tenía ojos de inocencia y se hallaba perdida en el pasado-. Yo tenía un miedo terrible, podía caerse, y la pendiente era...

-Ah, sí, el bueno de Andor –dijo la señora Lengsdorf-, hubiera sido capaz de ofrendar su vida, si con ello conseguía complacerte, ¿no? –y, al decir esto, acarició la mejilla de su hijita, con lo que puso al descubierto su costoso brazalete-. Usted también debería ir alguna vez a Bäuchlingen, estimado maestro –se dirigió a Keller-Caprese.

-Esa es una idea deliciosa –se alegró la señorita-, todos nos encontraremos allá y vamos a tomar café al Castillo de las Mentiras.

La señora Lengsdorf estaba a punto de levantarse el velo, tras el cual escondía un par de arrugas, pero titubeó.

Tomás le hizo un gesto amigable y le dijo: -Tengo que hacerle un cumplido, respetable señora, es decir, en verdad tengo que hacerle un montón. Usted posee todo, todo lo que uno puede pedir como perfección de la mujer, ¿no? Belleza, gracia, amabilidad, y su hija también, ¿no es cierto? Pero ante todo, usted educó bien a su niña. Usted le ha dado todo aquello que usted posee en grado sumo y que en su hija se ha desarrollado hasta la perfección ¿no es cierto, Keller-Caprese?

El pintor se sentía incómodo y apenas movía la cabeza, mientras que la señora de Lengsdorf se mostraba complacida y, luego, vuelta hacia su interlocutor dijo, mostrando sus hermosos dientes: -Sí, me he esforzado con la niña, pero no sé qué es lo que se ha desarrollado en mí de tan sobresaliente y que en mi hija ha llegado a la perfección.

-El amor a la verdad, respetable señora.

La señora de Lengsdorf le alargó la mano: -¡Qué palabras tan hermosas! –Elena se sonrojó con una inocencia infantil y Keller-Caprese casi se tragó el puro para no carcajearse.

Tomás retuvo la mano de la dama y, despreocupadamente, tomó la de Elena; luego dijo: -Mire usted, cuando otras gentes mienten tratan de ocultarlo, pero usted, querida señora, cuando miente emplea sus palabras de apoyo, ¿no?, o bien añade ¿no es cierto?, ése es el colmo de la honradez, ¿no es cierto?

La señora de Lengsdorf, por primera vez en su vida, se sintió confundida e intentó retirar la mano.

Pero Tomás continuó sin turbarse: -¿El colmo? Ése lo logró la señorita Elena. Cuando dice algo, sea lo que sea, aunque no coloque al final el ¿no es cierto?, uno le cree. Tal lengua pura e infantil como ésa no puede mentir; pero ella se sonroja y pestañea, y uno sabe entonces que siempre miente.

-Señor, esta ofensa... -la señora de Lengsdorf estuvo a punto de echar a perder todo el plan que había tramado junto con Keller-Caprese pues no se sentía a la altura de la situación; sin embargo Tomás salió en su ayuda.

-Disculpe, yo no pretendía molestarla, por el contrario, yo la admiro. No considero la mentira como un vicio, sino como el fundamento de todo lo bello, noble y magnífico. Enseñar a las personas a mentir debería ser el objetivo de toda educación. Sería más razonable castigar a un niño cuando por casualidad dice la verdad, que pegarle por mentir. Así se le ahorraría al niño el terrible y, en sus consecuencias hasta desolador, conflicto que surge porque los padres siempre pueden mentir y mienten, mientras que el niño debe decir la verdad. Si usted elimina la mentira en este mundo, ya no queda nada. El Estado, el comercio, la ciencia, la religión ¿qué son sino mentiras? Y también el arte. Keller-Caprese puede testificarlo, él narra el mundo que él pinta, pero él sabe bien que miente.

Elena quería reventar de risa frente a los rostros de los otros dos oyentes. Se había quitado el sombrero y jugaba con él, hasta que de repente se le resbaló de las piernas y rodó al suelo. En Tomás fue ascendiendo una loca idea, a causa de la peligrosa cercanía de los dos medios globos terráqueos, cuando ella se paró y, luego, se agachó.

-Espera tú –gritó y le colocó bien puesta una palmada en el trasero.

La señora de Lengsdorf se levantó de golpe. –Pero, ¡cómo se atreve! –regañó a Mundete. Medio ahogado de risa de ver la cara de imbécil de la muchacha, el pintor agarró por el brazo a la señora. Elena no podía hablar por la sorpresa.

-Contrólate –le gritó el pintor a la señora sin miramientos-, pues vas a echarlo todo a perder.

Tomás había colocado su mano sobre la cabeza de Elena, que estaba junto a él. –Me doy cuenta de que ella está acostumbrada a eso, y quizás desde hace muchos años –dijo él-. Es cosa de que alguien que haya aprendido lo haga, es decir, poner la mano sobre la amenazante fortaleza; y usted también, señora, acompaña con frecuencia sus palabras con movimientos de la mano, que comprueban con qué gusto y frecuencia su mano se resbala, como sucedió con la mía. Por cierto, hubiera sido una grosería, si no le hago caso a la provocación apetitosa de estos dos hemisferios –luego atrajo a la muchacha hacia él, lo que ésta aprovechó para pegarse a él y, con su carita de ángel, le puso su seno izquierdo en la mano. Al hacer esto le guiñó el ojo al pintor, quien, ya tranquilizado, se acarició el bigote, primero el lado derecho y luego el izquierdo, se metió el puro en la boca y las manos en los bolsillos, se acomodó en el asiento y se puso a fumar satisfecho.

–¿Vio usted, pintor de mentiras, cómo ella acaba de guiñar el ojo? Usted no tiene por qué creer que ella se me pega; pero eso sí, le gusta que le toquen los medios globos, de atrás o de adelante.

Elena apartó la mano y se sentó. Tomás siguió hablando firmemente. –Tal es la inmortal naturaleza de Eva. Con una manzana como esa, la madre de la humanidad sedujo a Adán. Ojalá y su busto haya sido tan bonito y henchido como el de esta niña, para la cual, por cierto, no soy el conveniente Adán. Después de hacer cola durante 45 años, no podré entrar al jardín del paraíso. Y fíjense –se ponía cada vez más emocionado-, y usted, feliz madre, que llevó a esta maravilla del mundo nueve meses en su seno, fíjense, qué hermoso ejemplo de contagio interior es. Las orejas se encuentran escondidas debajo del pelo y dicen el proverbio correcto: el que no puede oír, tiene que sentir. Y para mostrar con claridad en dónde se encuentra la ansiada sensación, el cabello está dividido por una raya, veo –con su dedo recorrió la raya del pelo- la querida muesca en la mente y siento el vello del redondo durazno.

–Desvergonzado –bramó la señora de Lengsdorf y quiso jalarle la mano. Pero Tomás sacó del bolsillo de su pantalón una mano llena de monedas, la volvió a introducir y le hechó a la madre una cruel mirada, que hizo a Elena agazaparse como en espera de un castigo.

–La muerte es gratuita, queridísima, y yo tengo la libertad de la locura.

Ella se mordió los labios, se prendió del brazo de Keller-Caprese y guardó silencio.

–La madre de esta niña maravillosa es, por si misma, digna de adoración, la vemos rebosante de belleza; pero, qué diferencia de caracteres, qué perfeccionamiento, tanto en la verdad interna como en la forma externa. Por allí un prendedor con piedras luminosas, que conducen la mirada a la doble fuente del placer y de la maternidad. Aquí ni rastro de joyas, sin embargo..., vea usted nada más esa barbilla, de que forma tan graciosa está partida, un lindo traserito que invita a la caricia. Créame, el alma conforma al cuerpo, y a todos aquellos que tienen la barba partida les gusta ser golpeados. ¿Jugamos a la escuelita, Elenita? ¿Jugamos al niño malcriado? ¿De nuevo, como lo hacíamos en verdad cuando éramos chicos? Reflexiona, qué lindo era que tus amigos te dieran una paliza.

La muchacha estaba con la mirada en blanco, había apoyado su barbilla en la mano de manera que el dedo meñique le quedaba en los labios, con la otra mano abrochaba y desabrochaba los botones de sus guantes, que tenía en sus piernas. Mientras tanto, Keller-Caprese movía de aquí para allá la barrita de la cadena de su reloj, que estaba dentro del ojal, y la señora de Lengsdorf golpeaba nerviosamente con la sombrilla contra la punta de las botas. Tomás se había cruzado de brazos y los miraba de uno a otro fijamente.

–Contagio –dijo de repente-, ustedes no saben lo que hacen.

En ese instante, pasó por allí presuroso el camarero del salón comedor gritando su acostumbrado: –La comida está servida, –alcanzó, en su carrera, a mirar como bobo el opulento prendedor de la opulenta dama.

–A este Adán de menor edad lo seduce lo bastante redondo. Tiene más cercanos que yo sus años de lactancia. Cuentan que me alimentaron durante mucho tiempo con el biberón. Algo así permanece, sólo que se me transformó la leche en vino, la plata en oro. Lindo blanco –dijo Tomás, sumido en el recuerdo-, qué bueno que te encontré en el camino de los sufrimientos y que de ti aprendí lo profundo que es el sentido del dinero. Poder, dinero y juventud –vio con seriedad a la señora de Lengsdorf, que sonreía malévolamente-rara vez se reúnen, y si la muchacha tiene la bolsa vacía, le conviene encontrar al hombre que se la pueda llenar con su poder. Sólo que uno tiene que ser ágil, queridísima, abrir las piernas para salir adelante. Todo

consiste en tener las piernas largas. Y... -se metió de nuevo la mano en el bolsillo e hizo sonar el dinero- Elenita sabe correr por eso, más hábilmente que cualquiera de las presurosas, a causa de su inocencia. Ésas, cuando quieren enseñar, cruzan la pierna y mecen con el pie el vestido, hasta levantarlo un poquito, esta niña –y puso otra vez su mano sobre la cabeza de Elena, ella estaba furiosa y trató de morderlo- es guiada por un dios interno. Cuando se sienta, todos podemos verlo, con su mano se baja la falda, eso despierta el anhelo y es prometedor. Es pues el deseo del movimiento contrario. La vida, es profunda, créanme. Primero, estar de pie –estiró su dedo índice, luego lo fue replegando-, en seguida, el desplome al sentarse y, luego, es muy correcto arreglarse el vestido. Adiós, mis señoras, nos vemos en Berlín. Voy a comer.

Salió al corredor y avanzó en dirección del salón comedor. Cuando abrió la puerta del siguiente vagón, se tropezó y cayó de bruces. Buscando un punto de apoyo, alcanzó una agarradera; entonces la puerta cedió y se fue cerrando hasta machucarle la mano derecha, mientras había logrado ponerse de rodillas. Sin querer, se metió el dedo que le dolía en la boca, luego alzó los brazos en actitud suplicante y gritó fuerte, claramente, estas palabras: -Alabado seas, divino guía, tú me dejas caer, pero en la caída veo abismos de secretos profundos –entró pensativo en el salón comedor, miró en torno y se sentó en una mesa, donde ya se encontraban dos señores.

Entretanto, las dos damas tuvieron una fuerte discusión con el pintor, discusión en la que la una y la otra compitieron en insultar a Tomás y a Keller-Caprese. La muchacha tenía a su disposición una gran riqueza y claridad en las expresiones fuertes, y ya que había convertido a la madre en borrego, asno y buey, comenzó a endilgarle al amigo pintor una cabeza hidrópica y terminó llamándolo tipo de mierda. Y cuando la madre habló de Tomás como un sucio pajarraco, Elena empleó la expresión “cochino gordo” y estaba a punto de explotar de risa, sólo de ver los inútiles esfuerzos con que Keller-Caprese intentaba acallar su torrente verbal. -¿Por qué nos mezclaste con este tipo? –preguntó finalmente la madre Lengsdorf y la hija le dio su apoyo-: Con esa bestia, ese burro, ese... -Iba pasando el camarero, y esto detuvo su cosecha especial de floridos insultos. El pintor aprovechó la pausa para decirles-: Pero, niñas, está chiflado y tiene dinero, y se lo va a dejar a ustedes, si son listas. Él dijo que nos veríamos en Berlín. Entonces, guarden sus insultos hasta ese momento.

Elena le saltó a las piernas, le tiró del bigote y repitió: -Tiene dinero, bastante, mucho dinero, ¿me va a llevar al teatro y me va a tener allí un auto, uno bueno y bonito, con flores frescas adentro todos los días?

Keller-Caprese se lo afirmó con miles de juramentos, y el final consistió en que los tres juntos maquinaron un nuevo plan de batalla, para desangrar al burro rico.

*Volver a publicaciones de Georg Groddeck*

*Volver a Newsletter 24-ex-50*